

JUAN B. GARZA.

EVOCACION

AL CADAVER DE MI HERMANO
MANUEL ACUÑA.

Cadáver, deja el sepulcral abrigo
Y animando otra vez tu forma yerta
Vuelve á la vida para hablar conmigo.

* * *

Y vén, que si la tumba es una puerta
Que entre los dos cerró con mano impía,
La que en los seres el dolor despierta;

* * *

Aun otra tengo en la memoria mía,
Que ni el tiempo sus goznes enmohece,
Ni la cierra el olvido todavía.

* * *

La voz de mi cariño te la ofrece:
Un momento recobra la existencia
Y en sus negros umbrales aparece.

* * *

Vuelva á ver mi amistad con tu presencia,
Encendida la estrella que en su cielo
Apagó de la muerte la inclemencia.

* * *

Tú mismo vén á desgarrar el velo,
Con que mi pecho que te amaba tanto,
Al verse solo se vistió de duelo:

* * *

Y si es fuerza que lllore, que mi llanto
Sea el mismo llanto que verter solía,
Cuando escuchaba tu armonioso canto;

* * *

O el que mezclado sin cesar corría,
Si acaso nuestras almas, el destino
En el mismo dolor las confundía:

* * *

No he de llorar porque la muerte vino,
Sin piedad á tus años ni á tu gloria,
A sorprenderte en medio del camino.

**

Ese llanto es cobarde, si la historia
Abiertos, para el hombre, sus anales
Tiene al fin de esta vida transitoria;

**

Si al sucumbir el sér, deja señales
Que demuestran al mundo aunque se asombre
Que muertos como tú son inmortales.

**

No se debe llorar, si muere el hombre
Sabiendo que al borrarse de la tierra,
Honra va á dar al ataud su nombre.

**

La idea del sepulcro solo aterra
Al que puede saber que se le olvida,
Si sobre de él la lápida se cierra;

**

No al que al término llega de la vida,
Dejando como huellas de sus pasos
La luz de los recuerdos encendida.

**

Por eso al contemplarte en el ocaso,
Ni la idea de tu muerte me acobarda,
Ni sollózo al mirar tu triste caso.

**

Es un cielo la vida, mientras guarda
La copa del placer, si esta se apura,
En herirnos la muerte, ¿por qué tarda...?

**

Dura la vida lo que el goce dura:
Y el que con tal sentencia se conforma,
No esquivá su tributo á la natura.

**

Ya le rendiste de tu sér, la forma
Que de la tierra en el fecundo seno,
En otro nuevo germen se transforma.

**

Desconocidas fuerzas, de tu cieno
Un cuerpo harán, que se alzará mas tarde
Al nuevo impulso, de vigores lleno.

**

La luz que entre los vivos ya no arde,
Se volverá á encender, quizá mañana,
De un yo mezquino paro hacer alarde;

**

Y en medio de su pompa soberana,
Esperará otra vez llegue tranquila
La que en el cambio universal se afana.

.....
 Vuelve á animar, espectro, tu pupila,
 Abandona el sepulcro negro y frío
 Donde ni un rayo de la luz cintila,

Y torna á la existencia, hermano mío,
 Aquí en la mesa del festín humano
 Hay un asiento para tí vacío.

La copa se prepara, pero en vano
 Está esperando hasta los bordes llena:
 ¡Nadie la toma en la robusta mano.....!

Vago clamor en los oídos suena,
 Y en lágrimas la risa se convierte.....
 ¡Ay del mortal que arrebató la pena!

¡Ay infeliz aquel que de la suerte
 Ni una mirada compasiva alcanza,
 Que amedrente las sombras de la muerte!

En vano, triste, á combatir se lanza,
 Si en el bendito hogar del sentimiento,
 No asoma ni un vislumbre de esperanza.

¡Adiós víctima augusta del tormento!
 Si tu imagen no irradia en mi pupila,
 Grabada quedará en mi pensamiento.

Mientras la parca su guadaña afila
 Para esgrimirla en el potente brazo,
 Y como á tí de un golpe me aniquila;

Quiera el destino que deshizo el lazo
 Que tanto nos ligaba en la existencia,
 Nos estreche también el mismo brazo
 Cuando se cumpla mi fatal sentencia.

Toluca, Diciembre 15 de 1873.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

AL SALIR DE ACAPULCO.

(A bordo del vapor "St. Louis",
de la línea del pacífico, el 30 de Octubre de 1868,
á las once de la noche.)

..... Aún diviso tu sombra en la ribera,
Salpicada de luces cintilantes,
Y aún escucho á la turba vocinglera

De alegres y despiertos habitantes,
Cuyo acento lejano hasta mi oído
Viene el terral trayendo, por instantes.

Dentro de poco ¡ay Dios! te habré perdido,
Ultima que pisara cariñoso
Tierra encantada de mi Sur querido,

Me arroja mi destino tempestuoso,
¡A donde? no lo sé; pero yo siento
De su mano el empuje poderoso.

¡Volveré? tal vez no; y el pensamiento
Ni una esperanza descubrir podría
En esa hora de huracán sangriento.

Tal vez te miro el postrimero día,
Y el alma que devoran los pesares
Su adiós eterno desde aquí te envía.

Quédate, pues, ciudad de los palmares,
En tus noches tranquilas arrullada
Por el acento de los roncós mares,

Y á orillas de tu puerto recostada,
Como una ninfa en el verano ardiente
Al borde de un estanque desmayada.

De la sierra el docel cubre tu frente,
Y las ondas del mar siempre serenas
Acarician tus plantas dulcemente.

¡Oh suerte infausta! me dejaste apenas
De una ligera dicha los sabores,
Y á desventura larga me condenas,

Dejarte ¡oh Sur! acrecé mis dolores,
Hoy que en tus bosques quédase escondida
La hermosa y tierna flor de mis amores.

Guárdala ¡oh Sur! y su existencia cuida,
Y con ella alimenta mi esperanza,
Porque es su aroma el néctar de mi vida!

.....
.....

Mas ya te miro huir en lontananza,
Oigo alegre el adiós de extraña gente,
Y el buque, lento en su partida avanza.

Todo ríe en la cubierta indiferente;
Sólo yo con el pecho palpitando,
Te digo adiós con lábio balbuciente.

La niebla de la mar te va ocultando;
Faro, remoto ya, tu luz semeja;
Ruje el vapor, y el Leviathan bramando

Las anchas sombras de los montes deja.
Presuroso atraviesa la bahía,
Salva la entrada y á la mar se aleja;

Y en la llanura lóbrega y sombría,
Abre con su carrera acelerada
Un surco de brillante argentería.

La luna entonces, hasta aquí velada,
Súbita brota en el zafir desnuda,
Brillando en alta mar. Mi alma agitada
Pensando en Diós, la inmensidad saluda.

FRANCISCO J. ARREDONDO

SIEMPREVIVA.

EN LA SENTIDA MUERTE DE LA SEÑORA
MARIA DE JESUS MACIEL.

Y es verdad? es verdad? la noble dama,
La matrona gentil que en nuestro suelo,
Ejemplo dió de inmaculada esposa,
Que formó de su hogar hermoso cielo,
Por la guadaña herida
De la parca insaciable y alevosa,
Por siempre separada
De los seres que amó, duerme en la fosa?
¡Oh, muerte, muerte! con traidora espada
Heriste el pecho de mi grande amigo,
De aquel que supo un día
Consuelo dar á mi dolor y abrigo.
¡Por qué, por qué ¡oh, terrible
Enemiga del bien, que en este mundo
Sembrar afectos sabe,
Puros lazos de amor fiero destruyes,
Y del malvado con sigilo huyes?

Mas es inútil mi dolor profundo.....
 Siempre tus anchas fauces
 Para tragarse hambrienta á los humanos
 Con gozo se abrirán.....¡oh incomprensibles
 Misteriosos arcanos!
 Busca incansable el hombre en esta vida
 Honores, dicha y gloria,
 Grandes aspiraciones que á la postre
 Son humo nada más, tan solo escoria!
 Pero no, no es posible
 Que todo se termine con la tumba,
 La virtud sacrosanta
 Jamás en esa sima se derrumba.
 Los que sobre este valle
 De congojas quedamos,
 Y en la sombría senda
 Con la fiera del dolor luchamos,
 Aquellos que la amaron en la tierra,
 Los que admiramos su virtud sublime,
 La familia adorada
 Que hoy en amargas soledades gime,
 Todo el que conociera
 De su alma grande la sin par nobleza
 Todos al par deploran
 Su desaparición, todos la lloran.
 En todos vive su memoria grata;
 Y en tanto aliento me conceda el cielo,
 Jamás el negro olvido
 En mí se hospedará, siempre mi pecho
 Guardará su recuerdo bendecido.

México, Marzo 1º de 1885.

MANUEL DE OLAGUIBEL.

BR A V O .

(San José Coscomatepec.)

I
 Caen las sombras á los valles
 De los montes más lejanos,
 Y comienzan á encenderse
 En la bóveda los astros.
 A las orillas de un bosque
 Hay un grupo de soldados,
 Que alrededor de la lumbre
 Pasan el tiempo cantando;
 Más allá se vén tendidos
 Muchos cuerpos por el campo,
 Demostrando que allí dióse
 Un combate encarnizado.
 Levantábase á lo lejos

Por la loma y por el llano,
 El acento de los libres
 En melancólico canto.
 Allí después de una lucha
 En que venció al León Hispano,
 En medio de sus valientes
 Acampa el caudillo Bravo.
 La voz de los centinelas
 Se escucha de cuando en cuando,
 Y el monótono sonido
 Del galope de un caballo,
 Pocos momentos trascurren,
 Y se extiende por el campo
 La noticia de que al padre
 Del general han matado:
 Los nobles pechos se irritan
 Contra el virey y su bando,
 Y el dolor más fuerte agobia
 Al caudillo mexicano.

I I

Entonan himnos las aves
 En el vecino palmar,
 Y cual perla entre turquesas
 Alza su punta el volcán,
 Sonrosada dulcemente
 Por un reflejo solar,
 Mientras corre entre las flores
 Fresca brisa tropical.

I I I

Después de una noche horrible
 Que pasó el caudillo en vela,
 Manda formar á la tropa,
 Con su voz firme y entera.
 Y trescientos prisioneros
 Que hizo ayer en la pelea,
 Ante los ojos de Bravo
 Fijan la mirada en tierra.
 Todos temen, y á su vista
 Sin querer miden la pena
 Que aquel hombre soportara
 Con la noticia funesta.
 Mas el héroe á los vencidos
 Les habla de esta manera,
 Y con su voz santa y pura
 Todo el mundo se enajena:
 "Estais libres, retiráos,
 Esta mi venganza sea."

EDUARDO E. ZARATE.

LAS HUELLAS DE SANGRE.

Eran los tiempos de prueba
 Eran las horas del llanto,
 Los momentos de la lucha,
 Los días en que un pueblo esclavo
 Arrojaba sus cadenas
 Al rostro de sus tiranos.....
 Por un sendero escabroso,
 Hacia Teotitlán situado,
 De campeones insurgentes
 Va una columna avanzando
 Mandada por un caudillo
 Como pocos denodado (1)
 Marchaban muy lentamente
 Aquellos hombres, descalzos,
 Hambrientos, casi desnudos,
 Y los piés ensangrentados;
 Llevaba el gefe el semblante

(1) Mier y Terán (D. Manuel,) coronel entonces y después general.

Muy pálido aunque bizarro,
 Y más que nunca, quisiera
 Llegar á la lid volando;
 Y hay una voz que lo llama
 Entre el ejército hispano;
 Es la voz de un prisionero,
 Y el prisionero es su hermano. (1)
 Detiéndose al fin inermes,
 Los infelices soldados
 Por el cansancio rendidos,
 Por el dolor abrumados,
 Y entonces, de angustia lleno,
 Dijo el gefe: "Mexicanos:
 "Será esta la vez primera
 "Que el miedo acorte los pasos
 "De los que con *gachupines*
 Tantas veces han luchado?"
 Al punto de entre las filas
 Se adelanta un veterano,
 Y así habló con rudo acento,
 Más respetuoso y calmado:
 "Coronel: jamás el miedo
 "Há nuestro pecho abrigado;
 "Quién quiera saber la causa

(1) Mier y Terán (D. Joaquín) prisionero, en el sentido de que á la cabeza de un puñado de hombres se encontraba sitiado en Teotitlán por las numerosas fuerzas españolas mandadas por el general D. Melchor Alvarez.

"De por qué lentos marchamos,
 "Que vea de sangre la huella
 Que ván nuestros piés marcando"
 Levantó al cielo la frente
 El gefe de rostro pálido,
 Y con voz que se extendiera
 Por colinas y por llanos,
 Exclamó vuelto á su gente:
 "Aquí no hay gefes ni grados,
 Aquí no hay sino patriotas
 Por la libertad luchando;
 Que sea igual el sufrimiento,
 Que sean iguales los lauros!....."
 Y haciendo *echaran pié á tierra*
 Los que á caballo montados
 Iban siguiendo el camino,
 Bajó él también del caballo,
 Y con asombro de todos
 Lejos arrojó el calzado.
 Después entre inmensos gritos
 De atronador entusiasmo,
 Corrió al frente de la tropa
 Que iba veloz avanzando;
 La noble y gloriosa espada
 Asida en la diestra mano,
 Con la amargura en el alma,
 Con la sonrisa en los labios,
 Y.....con sangre de sus plantas
 Tras sí una huella marcando...!

INDICE.

	Páginas.
JUAN VALLE.—Su biografía.....	5
Bethsabeé	15
Judith	19
Tu ausencia.....	23
Aislamiento.....	26
Recuerdo eterno.....	29
Los profanos y el poeta..	32
Trova á Matilde.....	34
La prisión de Guatimoc.	39
El tormento de Guati- moe.....	40
Napoleon.....	41
Cacumatzin.....	42
Adios.....	43
MANUEL ACUÑA.—A la sociedad fi- loiatrica, en su insta- lación.....	44
GUILLERMO PRIETO.—Ilusión fugaz.	49

JOSE FERNANDEZ DE LARA.—Exha- lación	51
AURELIO LUIS GALLARDO.—Corona de trinitarias.....	53
JOAQUIN D. CASASUS.—Al año nue- vo.....	56
LUIS A. ESCANDON.—Tristes recuer- dos.....	59
MARCOS ARRONIS.—A la madre de Dios.....	61
IGNACIO AVILA VAZQUEZ.—¿Llorar, llorar no mas?.....	65
LUIS PONCE.—El angel de la triste- za	68
MANUEL MARTINEZ DE CASTRO.— Decepciones.....	74
IGNACIO PEREZ SALAZAR.—Al ahue- hete de Atlixco.....	77
JUAN B. GARZA.—Evocación ante el cadáver de Manuel Acuña.....	78
IGNACIO M. ALTAMIRANO.—Al salir de Acapulco.....	84
FRANCISCO J. ARREDONDO.—Siem- previva	87
MANUEL DE OLAGUIBEL.—Bravo.....	89
EDUARDO E. ZARATE.—Las huellas de sangre.....	92